

# LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

## Ley de Caliban

Son muy sabias y previsoras las leyes dictadas por la turbamulta de los legisladores que se alojan en la jaula de la Casa Blanca de la doctoral Washington. Sobre todo muy prácticas y de un egoísmo sin contemplaciones. Ellos, al contrario de sus colegas de Europa y de Suramérica, no juegan con las cartas escondidas, juegan descubierta y desenfadadamente. Para eso son yanquis y mucho orgullo sienten por serlo. Y así como se sientan con los pies sobre el escritorio, recurren a sus extremidades inferiores cuando legislan. El Moloch de "father-land", transmigró al alma americana. Roosevelt es el arquetipo del imperialista norteamericano.

Las leyes que esos representantes de mercaderes dan a la circulación son las trincheras tras las que se parapeta una sociedad plutocrática amasada con el agio, el despojo y el robo de los grandes bandidos de la banca, de la industria y del foro. Necesitan encaramarse sobre las bolsas de dinero para sobresalir un ápice del nivel común y no ser confundidos con los ganapanes.

Después de las leyes sobre las restricciones de la inmigración y reglamentando el espionaje en las sociedades obreras, se acaba de sancionar una con el objeto de reducir la criminalidad. Desde el primero de febrero empezó a regir. Todo extranjero que haya sufrido una condena por cualquier delito, al salir de la cárcel será entregado a los agentes federales, quienes lo conducirán a Ellis Island, — dependencia del departamento de inmigración — desde donde se le embarcará a su país de origen.

Entretanto, los escándalos del petróleo, de las minas de carbón, el contrabando de los alcoholes de madera, la prostitución clandestina, seguirá enriqueciendo a los magnates, que, después de haber hurtado al amparo del código penal, cien millones, darán medio millón para obras de beneficencia. Una sociedad fundada sobre el robo necesita predicar la honradez y perseguir a los minoristas del robo, como la meretriz que amatematiza a las que no lo son, para sentar plaza de virtuosa. Ellos, los plutócratas, son intocables con el latrocinio, porque les recuerda su origen y sus antiguas mañas.

Y esas leyes tendrán bastante elasticidad para aplicarlas a quienes les estorban por sus ideas revolucionarias y disolventes, según ellos.

## Siembre trigo...

"Siembre trigo, ordeñe vacas y coma queso". Ya está resuelto el problema angustioso de su personal felicidad. ¿Lo duda usted? Para más informes recurrir al ministerio de agricultura, el que en hojas volantes les da tan paternal advertencia, grávida de las más rosadas promesas. Por supuesto, esta repartición no dispone de trigo para sembrar ni vacas para ordeñar, ni queso comestible y masticable a fin de distribuírselo a quienes ella conmina a que siembren, que ordeñen y que coman. Pero este es un detalle sumamente desdeñable y sin importancia.

Es posible que los técnicos refugiados y agazapados en ese ministerio, se avengan a adquirir millones de macetas, millones de vacas en las jugueterías y quesos en las utilerías de los teatros para que cada habitante de la república, en sus momentos de asueto se haga agricultor y siembre trigo en macetas, ordeñe vacas de palo y coma queso incomible, porque el verdadero envenena, y a veces mata. Eso a pesar de la fiscalización de los técnicos que no lo son. Días pasados un

anciano, al obedecer la orden siniestra, comió queso y casi fallece. Tampoco este detalle importa.

Ahora ya está fundada la chacra experimental. Si no da los frutos que se esperan de ella, deberá a la desidia de los flamantes agricultores.

Y son muchos los que quisieran serlo, para arrancarse a la vorágine dantesca de la miseria.

Y es que ellos no ignoran que no basta desearlo para conseguir terrenos, vacas y máquinas para elaborar queso.

Entonces, ¿a quiénes se dirigen estas paternales advertencias y estos consejos generosos? Quizás a los habitantes del

planeta Marte o a un bóldo informe donde no existirá el hombre, sino otro producto mucho más evolucionado que el nuestro.

Apostamos cien contra uno a que el inventor de esta fórmula de felicidad en cápsula al alcance de todos los paladares, satisfecho de su inmensa sabiduría, como tata dios, se acostó para descansar por toda una eternidad. Extienda mucho pensar en realizar la dicha ajena.

Esperemos que este benemérito ciudadano algún día tenga su correspondiente estatua. Tememos que será la única vez que hayamos acertado en nuestras profecías.

## La huelga de chofers, o el miedo no es zozno



—Yo no soy chofer huelguista...  
—M'equivocao, entonces... Po el jedor es de la Usa ¡Clavao!

## Sursum corda...

El légame del reaccionarismo mundial, la subfauna de las metrópolis, los subhombres, costales de monstruosos apetitos, están intentando convertir a la clase trabajadora en un atajo de malhechores. Abiertamente ellos han declarado la caza al proletariado. Aterrorizados, antes de ser atacados atacan. En todo operativo ven un dinamitero, o fingen verlo, para estrangularlo en la impunidad. Los agentes provocadores, con salarios de ministros, son los que cometen hechos penados por la ley para dar lugar a la acción de la policía: encarcelar, deportar, martirizar y envilecer a quienes cuyo único delito fué ser honestos trabajadores y no robar para enriquecerse.

En Italia con Mussolini, en Norteamérica con la plutocracia, en España, en Inglaterra y hasta aquí se considera al obrero como un malhechor en potencia. Y como a tal se le propinan los tratos más infamantes. Se ha dicho que el miedo es mal consejero, y los manotones, los palos de ciegos son el síntoma más evidente para indicarnos que el miedo ha enloquecido a nuestros verdugos. La multitud humana, y más la proletaria, es como la dinamita, que cuanto más se la oprime mayores estragos causa su estallido. Se le obturan al pueblo las dos o tres válvulas de escape para dar libre expansión a su eterno sufrir y se le obligará a optar por la única arma a su alcance: la rebelión violenta.

Se les arranca el derecho de reunión, el derecho de celebrar mítines en las calles; se les prohíbe asociarse — o lo que

es lo mismo, se les prende por estar asociados — se les inflige condenas bárbaras, agobiándoles con más años de prisión que a un asesino, ¿qué les queda sino recurrir a los métodos más feroces para contrarrestar la ferocidad que se les viene encima? Práguen y elaboran la tormenta en el seno de los desheredados y planifiran cuando el rayo los hiera y los mate.

Crean estas gentuzas que impunemente pueden humillar, escarnecer, esquilar, reducir a la indigencia a una mayoría indefensa y que sus crímenes turbios no tienen un límite. Nosotros los anarquistas no pedimos ni damos cuartel. Queremos ser tratados como merecemos por el delito de disentir y odiar la injusticia, pero lo que no permitiremos nunca es que hombres atados de pies y manos — que son la mayoría de los trabajadores — sean víctimas propiciatorias de sus iras torpes de almañas presas del pánico que les infunde el posible arrebatado de sus respectivas pitanzas.

Porque ustedes, entes envilecidos, no defienden un ideal y sí pelean por sus vicios, por el derecho del hartazgo y para prostituir todo lo que cae bajo sus manos: mujeres, arte, ciencia y creencia religiosa.

Ustedes bregan por el derecho de revolcarse en el légame de las malas pasiones, desde la ambición de mando hasta la lujuria, y desean que todos se ahoguen en el mismo lago de fango. Ustedes abogan por las ganancias immoderadas para la satisfacción de los órganos subalternos de la criatura humana. Ustedes anhelan la esclavitud universal — de hecho ya existe — a fin de repetir las bestiales orgías de la decadencia romana. Y nosotros, para hundir en la nada esa podredumbre que está inficionando al mundo, que hace la atmósfera irrespirable para toda persona con un átomo de moralidad, estamos prontos a los mayores sacrificios, aunque tuviéramos que caer cien o cien mil.

Nuestra idea de justicia triunfará por encima de todo. ¿Qué nos importa el tiempo que empleará en obtener este triunfo, si tenemos la eternidad por delante y las mil generaciones que nos suplantarán en la lucha! El mal es solamente la contrafigura de la fortaleza, ya que para afirmarse necesita cañones y fusiles. El bien sólo necesita ser escuchado para vencer. Nosotros, al aspirar sinceramente a la bondad y a la justicia y ofrecerles en holocausto nuestras mayores e infimas energías, contamos con la fé, que mueve a las montañas.

Sursum corda.

## Groserías de peces mayores

Los volúmenes biográficos, autobiográficos, monografías de trescientas y más páginas se hallan en auge. La manía de la exégesis, de la introspección, del análisis se manifiesta casi siempre en épocas de crisis, cuando una civilización muere y la otra pugna por nacer. No hay un trecho muy largo entre la vida y la muerte. Son dos bocas que se unen con un beso, letal para una, vivificador para la otra. Desde el momento que un individuo o una sociedad dá en escrutarse, inventariando su vida interior, se halla en el punto del ave fénix, por encenizarse para surgir con nueva vestidura. Amiel, el autodiseñador de sus propias emociones monologaba: "así como el grano de trigo convertido en harina por la muela no puede ser más semilla, la idea, sometida a un despiadado análisis, no puede florecer ni fructificar."

Uno de los más resonantes campanazos en ese orden de actividad literaria, lo dió Margot Asquith con sus famosas me-



sindicalismo, en espera de respuesta. Periódicos y libros en todas partes; volúmenes y artículos de Bakunin. En medio de todo eso, Kropotkin mismo, vigoroso, alerta, activo como un joven, sonriendo cordialmente. ¡Y se trata de convencer a un hombre cansado y de que debe reposar! "Insensatez, decía mi amigo, este no es un hombre viejo y fatigado; está más alerta que muchos jóvenes de nuestra generación!" Y verdaderamente con su espíritu y su actividad desbordante, anima toda la casa.

Las caretas del artista

Se ha dicho y repetido frecuentemente que la naturaleza es el espejo del artista. Así es. Este, al copiar, al retratar y al transponer las cosas — paisajes, animales, objetos y personas — las restituye en la obra según su imagen y semejanza. La fisonomía de la personalidad, refractándose a sí misma en la naturaleza, es egípcia, símbolo en la obra de arte.

Desde unos años, el rostro de esta personalidad artística adoptó la costumbre de disimularse tras una careta que desfigura, cambia, borra sus verdaderos rasgos fisionómicos. En las últimas décadas, precisamente, surgieron abigarradas y numerosas imágenes curiosas, grotescas las más, deformadas con extrañaría originalidad las menos; pero todas al margen y fuera de la realidad sensible y física de lo que se comprende por naturaleza viva y animada.

Y el espejo de esta naturaleza serena y fiel a su mandato, reflejó de cuando en cuando los visajes deformes, creados por artificio del ensoberbecido cerebro del hombre, que pretendía rehacer la creación del mundo, equiparándose a los dioses hipotéticos y midiéndose temerariamente con los más grandes genios de la humanidad.

Pero amigo mío, ¿temerás acaso que sea mediocre, insignificante la efígie de tu personalidad? ¿Sospechas tal vez que careciendo de fisonomía propia, dejarás la naturaleza indiferente y muda, reflejar la nada? ¿Tendrás miedo, quizás, que no solamente no exista en tí una fisonomía, sino que tampoco te creas capaz de imitar fotográficamente la misma realidad?

Tu orgullo diabólico, entonces, querrá que aparezcas como un ser extraordinario y raro, y no piensas que al malabarizar tu temperamento, tu alma, te impides reconocerte a tí mismo, impidiéndote a los demás reconocer la fisonomía de su tiempo y de su época.

Arroja, pues, esta última careta, que quién sabe si no oculta un rostro naturalmente más hermoso del que tú quieres componerte artificialmente; sino más bello, será por lo menos más sano y en acuerdo con la naturaleza y, sobre todo, con tu conciencia: lo esencial, para un artista que se propone ser sincero.

Tal es, en algunas líneas, Kropotkin, el anarquista, el sabio, y sobre todo el hombre; amado de sus camaradas y amigos, respetado y admirado de todas las gentes honestas de todos los países.

W. TCHERKESOFF

La religión de Rembrandt

¡Mágica fuerza de la palabra! Este es cristiano porque representa sobre una superficie plana, con un pincel y el color, con un lápiz o la pluma, a un hombre clavado en una cruz por los dos pies y las dos manos. Aquel es pagano porque desprende del mármol, con un cincel de hierro, un brazo teniendo el rayo en el puño. Y este otro es budhista porque funde en bronce a un mendigo sentado, las manos abiertas, sobre una flor de loto.

Rembrandt es un pintor cristiano. Sin duda. Pero, ¿por qué? Es que todos nosotros estamos, por nuestros sentidos, por nuestros sentimientos, y sobre todo por nuestras costumbres, dentro del cristianismo hasta el corazón. Pero, ¿quién piensa ahí, ante el torso de Teso o las rodillas plegadas de las Parcas, que Píadas obedecía piadosamente a los ritos muy estrechos de una religión muy cerrada? ¿Quién piensa, ante la ola de piedra ondulando sin un choque desde el vientre estrecho de Isis a sus senos apenas en flor, a sus espaldas redondas, a su boca y a su frente acariciada por las modulaciones de la luz, que tal escultor creía obedecer a la voluntad de la diosa animándola en la noche de una cueva? ¿Y quién de nosotros, occidentales, se preocupa del pretexto teológico que ha hecho nacer el friso de Apsaras de Angkor, danza y música, ritmo del gran corazón anónimo que late en todos los pechos cuando están levantados por el soplo de la fe? Penetrad al gran hombre. Es siempre el mismo. Es el hombre, ante todo, obstinadamente, ingenuamente y siempre. Desde que se eleva, tiende a encontrar las fuerzas elementales y los más simples movimientos que hacen que sea el hombre, primero. Y si el mito se interpone entre su emoción más pura y la expresión más directa de esta emoción, hunde al mito para alcanzar, a través de su brillante coraza, el corazón de todos los que han sido el hombre antes que él, que serán el hombre después de él, que son el hombre en torno de él.

¿Eso es ser cristiano? El Asia, los mundos desconocidos, el pasado, el porvenir mismo — el inmenso porvenir que se hunde en un porvenir sin fin — están obligados entonces a ser cristianos para ser? ¿O bien de permanecer humanos? ¿Y de hacerse más humano. ¿Y la memoria de su palabra, sí, en presencia de uno de

Rembrandt estará condenada a la alternativa cómica de borrarse de la memoria de los hombres si ha sido solamente un cristiano o de la memoria cristiana si ha sido solamente un hombre?

Entiendo bien. Entiendo lo que vosotros decís: "¡Estáis seguro que la palabra hombre no haya adquirido el sentido que le dais ahora a partir precisamente del hombre cuya vida y cuya muerte han servido de pretexto al desarrollo del cristianismo?" Sin duda. Y el equívoco está ahí. Después de Jesús, ciertos valores se agrandaron a costa de los otros. Pero Jesús, por grande que sea, no ha introducido nada en el espíritu del hombre que ya no estuviese antes de él, al menos en estado de esbozo, y que no sea susceptible de transformarse indefinidamente después de él. Hubo antes un Zoroastro y un Sócrates, un Gautama y un Confucio; después Francisco de Asís y Giotto y Pascal y Whitman y Dostoyevsky. En que Rembrandt sea de la familia, no veo inconvenientes. Pero la familia es eterna. Modela una estatua que no se acabará, porque cada uno de esos miembros aporta a ese trabajo una pasión que es de su época y del lugar donde vive, y que depende todavía del ojo que Dios le ha hecho. Pero su aspecto general, si cambia en las apariencias, permanece igual cuando es el corazón el que mira, y el hombre profundo queda el hombre, no pudiendo hacerse diferente. ¡Feliz quien tiene la fuerza increíble de definirlo en su pureza primitiva y proyectar en sus gestos la imagen simple que él se hace!

II No hace mucho todavía, ese era protestante. Protestante solamente. Si no temiera el equívoco, lo vería mejor católico con la condición de remontar a la etimología de la palabra. ¡Pero protestante! ¿Expresión de la Reforma en el norte germánico? ¿Qué hubiese dicho el implacable pastor que levantó la hoguera de Servet si hubiese tenido, delante de una obra de Rembrandt, la clarividencia de ver por encima de la atafubación novelesca para penetrar en el corazón del drama y tocar el juicio del hombre bajo la trama del libro santo? ¿Qué hubiese dicho el monje batallador que ensombreció a los campesinos fanatizados con su palabra, sí, en presencia de uno de

esos admirables dibujos donde la vida parece surgir del interior mismo de las formas, hubiese seguido hasta el fin de su ruta la marcha de un amor que partiendo de los textos que él mandaba a leer se hundía debajo de ellos hasta las regiones donde desaparecen todos los textos en la llama del espíritu? ¡Qué importuna es, pues, la letra! ¡Cervantes era protestante? Un drama terrible reinaba cuando Rembrandt fué concebido por sus padres, un drama al cual asistió Cervantes y que ensangrentó a Europa desde Gibraltar al Zuldezzé y desde el Vistula al Océano. Y tres o cuatro hombres, entre los que alcanzaron o participaron en ese drama, se descubrieron la misión de enseñar a los hombres la humanidad permanente que revelan todos los dramas, cuando se sabe interrogarlos. ¿Protestante? Probablemente se embriagaba y se acostaba con su sirvienta. Es posible sea cristiano, pero seguramente no es protestante. Tanto más que él no se ocultaba mucho o nada del todo. ¡Ved, él era un hombre, y lo era formidablemente. Yo he sorprendido, en su obra misma, a Júpiter aproximándose a Danae, y cerca de allí a un sátiro inclinado sobre el cuerpo desnudo de una joven mujer dormida. He entrevisto — furtivamente — a un monje muy ocupado en catequizar a una dama. Y la actitud en la cual nos ha presentado a la señora Putifar sería muy bien la más obscena que pueda encontrarse entre la obra de los maestros, si los maestros pueden ser obscenos. He visto mejor: un árbol solo, en la extensión, un pantano bajo el cielo negro, una mata de cañas inclinada por el viento. Sé bien que en sus cuadros se ven a menudo ángeles que vienen a consolarlos, y que esos ángeles tienen alas. Pero las aves también tienen alas, y a menudo hombres y mujeres sin alas han venido a consolarlos. He visto un enfermo acostado rodeado por algunos hombres. Y una de esas majestuosas escrituras de los últimos siglos de la grande cultura francesa había trazado debajo: "El enfermo del Samaritano visitado por los médicos". Lo admito. Pero, ¿no había en Amsterdam médicos y enfermos? ¿No había en Amsterdam nacimientos? ¿No había muertos? ¿Y pobres tendiendo las manos? ¡Y lagas que se exponen entre la podredumbre de los harapos! El pintor vivía en la orilla del Ghetto, entre el húmedo bullicio de la ignorancia y de la miseria, en la promiscuidad inocente y sórdida donde los amores, las abnegaciones y los incestos populares se mezclaban, se codeaban y se entrelazan sin que haya una separación muy clara entre lo que se llama vicio y lo que se llama virtud... Otro Cristo, posiblemente, con Heindric-

ke (1) desnuda reemplazando para él a Magdalena, y, en lugar de los lagos suspendidos en el temblor de los mirajes, la luz opalina de una atmósfera saturada de vapor de agua, donde la filtración del sol transforma en fantasmagorías orientales un harapo, un arenque seco, un barco de rosas o tulipanes sobre un canal dormido. Era uno de esos seres extraños para quienes los más humildes gestos y las formas más vulgares y los más pobres vestidos se transfiguraban en armonías milagrosas porque su corazón les Jesucristo correspondencias constantes, interpenetraciones misteriosas y apasionadas, una tan profunda lógica en la dulzura y continuidad de los pasajes, que sugiere sin cesar a su inteligencia el acuerdo viviente de la impresión directa y del sentimiento poético — de eso que los filósofos llaman, relegándolos severamente en células separadas: A la Verdad, de una parte, y B, la Belleza, por otra. Siempre como Cristo había descubierta que un fenómeno humano es admirable si es espontáneo y sincero, — lo cual no es muy protestante. Vivía entre los pobres, que no vigilan sus gestos — sea vicioso o virtuoso — porque su educación ha sido muy descuidada. Entre los pobres, una mujer que pare, o que está por hacerlo, piensa poco en la galería; un viejo que va a morir, mucho menos; dos amantes, todavía menos. Y la luz cae donde es necesario que caiga, y los volúmenes se equilibran como deben equilibrarse, porque es útil al médico, a la partera, al amigo que cierra los ojos, que tal lugar esté iluminado y en consecuencia tal dorso se inclina en tal sentido y tal brazo se alarga en tal otro.

No es más complicado. III Es cierto, he visto el pesebre, con el niño, el asno y el buey, en tal obra de Rembrandt. Todas las noches había niños que nacían alrededor del pintor de Amsterdam, sobre la paja, y que ponían en cajas de madera. Yo he visto también, yo, durante la guerra, niños que nacían sobre la paja — hasta en aldeas bombardeadas. Hasta los he ayudado a nacer. ¿Esto es más cristiano que aquello? Sé de un dibujo donde la Virgen, teniendo en una mano los dos pies del niño-dios que llora, le lava el trasero a la luz de una linterna. El Evangelio no nos habló de eso. ¿Es menos cristiano que Rembrandt el Evangelio, hasta menos cristiano que Cristo? Cuando él decía que su reino no era de este mundo, ¿por qué los que lo escuchaban han situado y definido otro mundo que el que él sabía condenado a no salir jamás del espa-

cio inmenso de su corazón? ¿Comprendieron ellos su ironía, su alegría floreciente sobre una desesperación sin límites, y el desencanto absoluto que su entusiasmo ocultaba? Rembrandt lo sabía mejor que Juan, Marcos, Lucas y Mateo, puesto que un día que Jesús predicaba él vió bien, en la asamblea de sus discípulos, que uno de ellos se había dormido, y que otro volvía la cabeza para bostezar. El era más inteligente, puesto que otra vez, cuando pide que dejen que se le acerquen los niños, lo rodean con sables y dardean con las picas sobre él. Estaba mejor informado, porque otra noche, aquella en que los reyes magos vinieron de tan lejos para visitar al niño, el niño dormía, su madre también, y no había otras personas sino bestias, lo que hace que nadie en el mundo pudo ver el acontecimiento. Y era más clarividente — o más malicioso — puesto que el día en que Jesús estuvo en la tempestad, Rembrandt apercibió a uno de sus discípulos, inclinado sobre un borde de la barca, que presentaba todos los síntomas del más violento mal de mar. Es cierto que eso se parecía mucho a la entrada de una barca de pesca, con tiempo grueso, a los muelles de Scheveningen. En todo así. Hacía al vuelo, en la calle, sobre pedazos de papel sucio, croquis de mendigos, y esos mendigos se parecen como hermanos a los que se apiñan, en sus estampas, en torno a Cristo. He visto en sus cartones muchos entiersos, el esfuerzo de los que llevan al muerto, el dolor de las mujeres. Menos de los que él ha visto, sin duda, en los pobres alojamientos del puerto. He leído debajo de un dibujo: "José cuida a los prisioneros y los consuela". Me imagino que había también prisioneros en Holanda en los tiempos de Rembrandt perseguido por sus acreedores, reducido quizás, en cierto momento, a ocultarse en un sótano. He visto muchas veces un cuerpo clavado en una cruz. Eso lo conocían los holandeses de esa época. No se hablaba de otra cosa en rededor de su primera infancia. Y no fué necesario que Rembrandt hiciera, en el primer siglo de su era, el viaje a Jerusalem. La leyenda es la cristalización monumental del acontecimiento cotidiano. Basta apercibir ese acontecimiento cotidiano. Pero nadie lo apercibe, o casi nadie. Por lo menos inmediata y directamente, como Jesús, o Shakespeare, o Dostoyevsky, o Rembrandt mismo. Es necesario que, de tiempo en tiempo, uno de esos lo revele en admirable lenguaje, para que tome, en la imaginación popular, ese aspecto sobrenatural. No creo que eso sea mucho más complicado y que se deba interpretar como un encadenamiento de hechos milagrosos una mano que se ten-

de para pedir pan, una frente que se inclina sobre una cuna o una tumba, un hombre conduciendo por la brida a un asno que lleva, en un paisaje donde sonríe el alba, a una mujer y a un niño. O más bien, sí, es un milagro. ¿Pero cuántos hay que lo sepan ver? Rembrandt ciertamente conocía las Escrituras. Es un bello libro, por otra parte, uno de los más bellos, quizás el más bello que exista. Eso prueba que él sabía leer, lo cual es menos frecuente de lo que se cree. Sabía leer, porque sobresalía en sorprender en sí mismo, y en encontrar por todas partes en su propia rutina, los movimientos íntimos que su letra le causaba. Y sin duda amó a Cristo. Encuentro de un hombre y de un hombre, no de un devoto y su Dios. Vió en él un ser tiempo perdido entre los callas, un justo golpeado por los hombres injustos, un ser inteligente perseguido por los imbéciles, un ser fuerte aplastado por la coalición de los débiles, un ser puro cubierto con la suciedad de los puercos. Y él nos dijo lo que pensaba de ese ser y de sí mismo en ese formidable silencio que los grandes pintores emplean para hablarnos. No es una Religión. Posiblemente es la Religión. Pero de esto, aún no estoy seguro. Es una cosa emocionante, pienso, para algunos hombres. En todo caso algo que me conmueve mucho. ELIE FAURE

(1) Heindricke era el nombre de la sirvienta de Rembrandt.

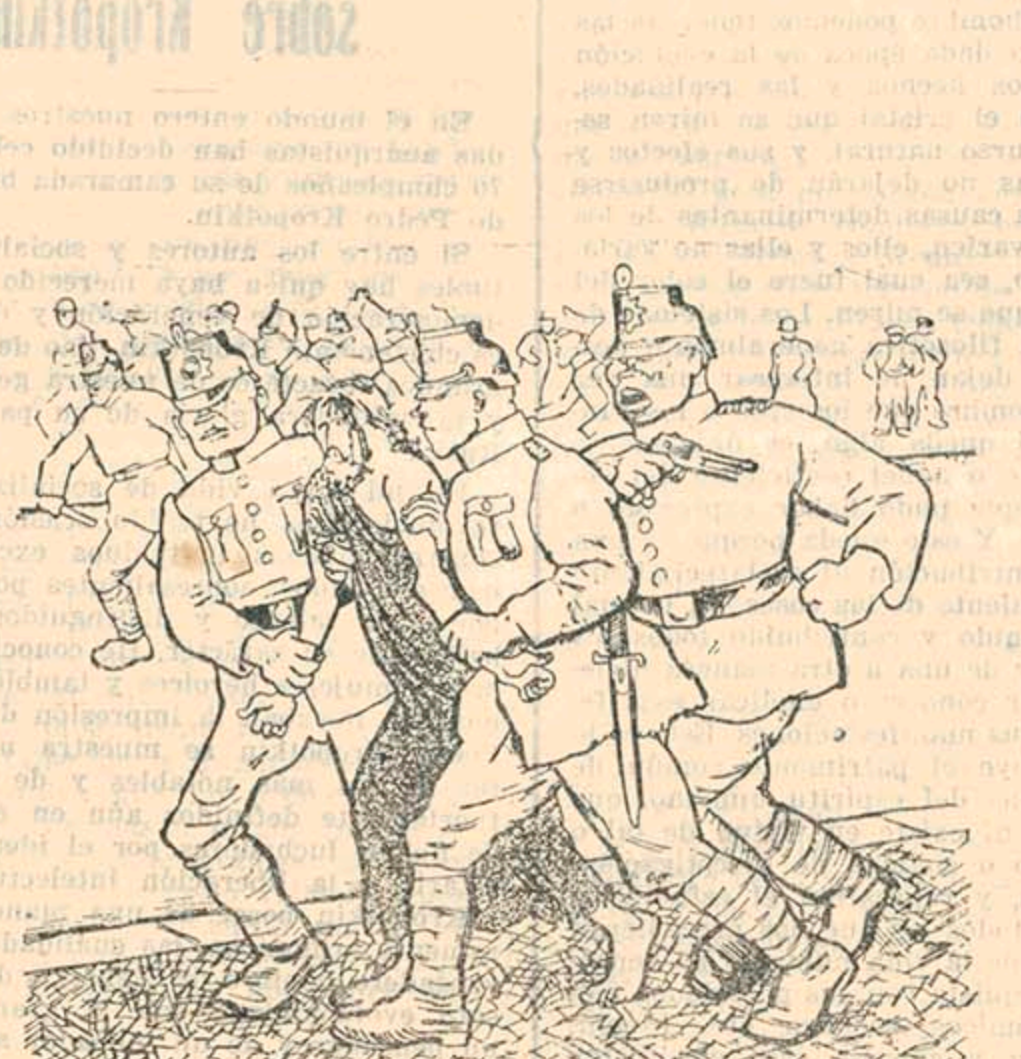
ARENA

- I) El trabajo crea callos en las palmas; el ocio, en el corazón.
- II) ¡Cuánta será la ingratitud del hombre cuando al llamar burro o caballo o perro a un semejante, lo tiene por insulto; y cuánta no será su vileza cuando al llamarle tigre o águila o león, lo supone un elogio.
- III) Los dolores de la vida emplezan por hacernos razonables y concluyen por convertirnos en razonadores.
- IV) La inteligencia hace florecer lo arrendido; y la bondad hace fructificarlo.
- V) Los hombres buscan afanosamente la felicidad; y en este mundo de desdichados, poseer felicidad es el mayor de los delitos.
- VI) La humildad es el conocimiento de nuestra pequeñez absoluta. La modestia

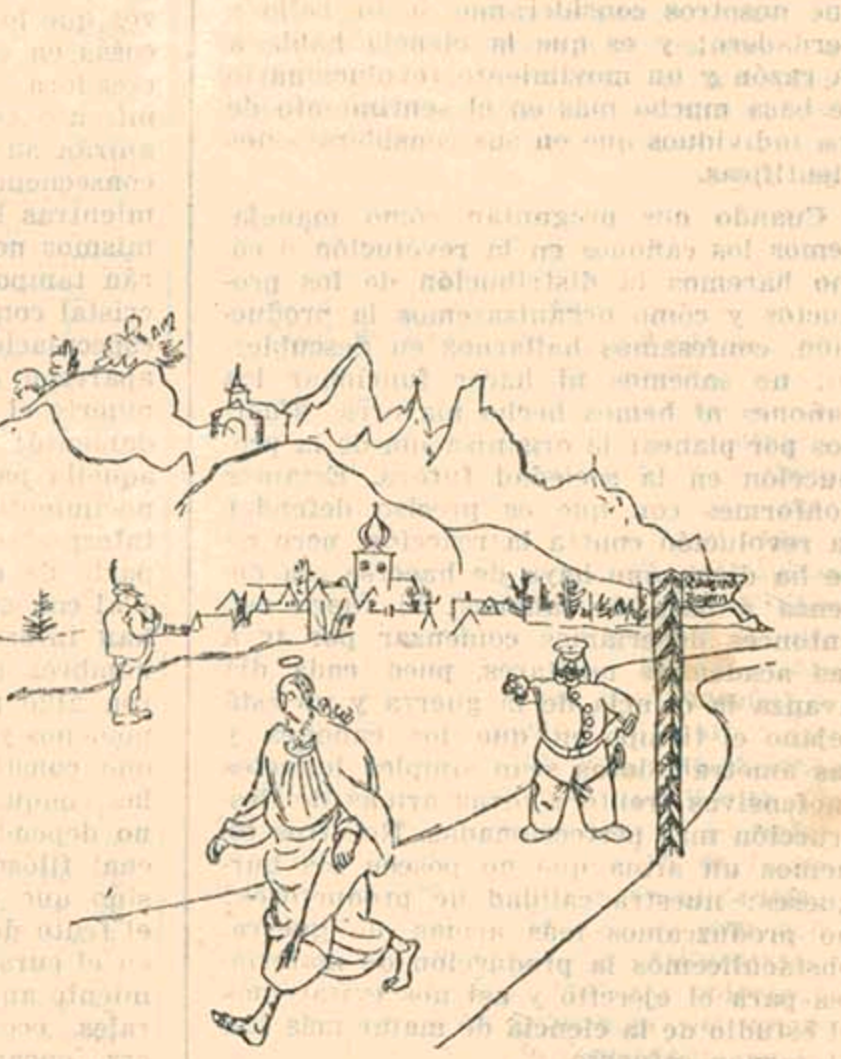
S I C R I S T O V O L V I E R A A L M U N D O



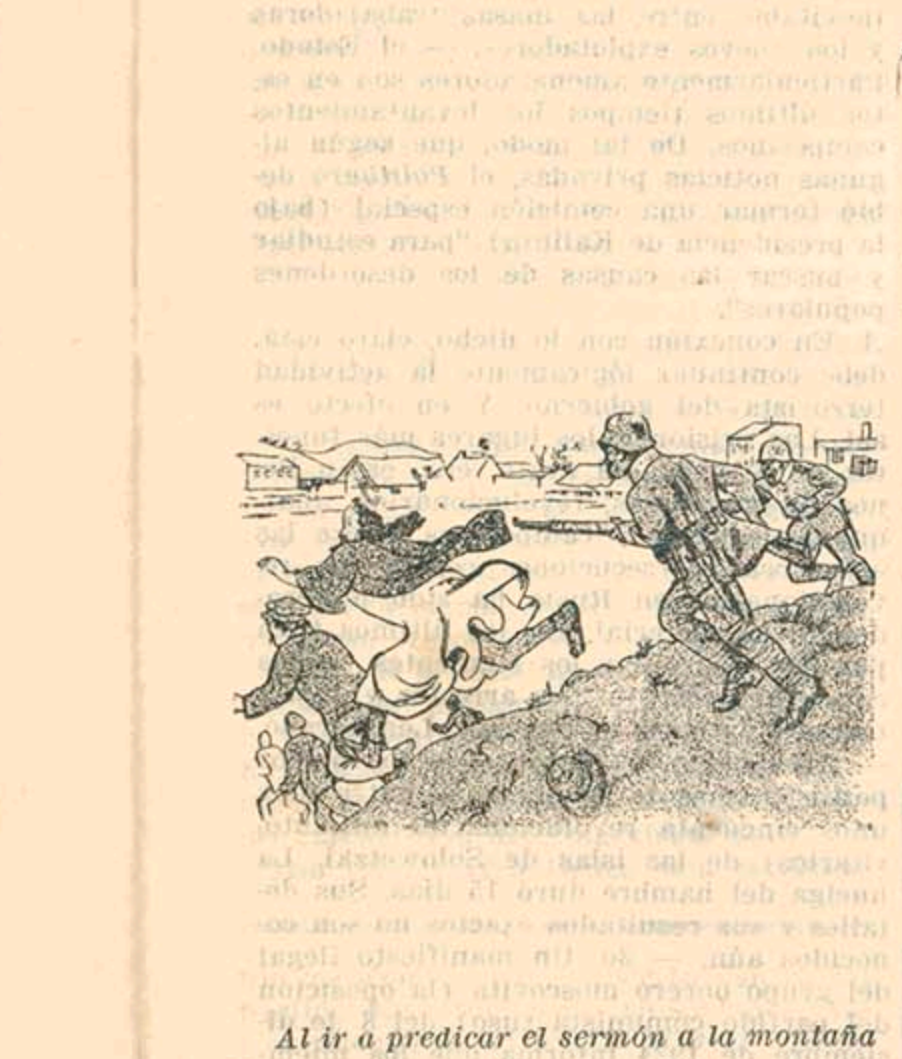
El niño Jesús discutiría con los más viejos de los doctores de la ley, y les demostraría irrefutablemente dónde están las causas del mal social. A sus argumentos se respondería retirándole la palabra.



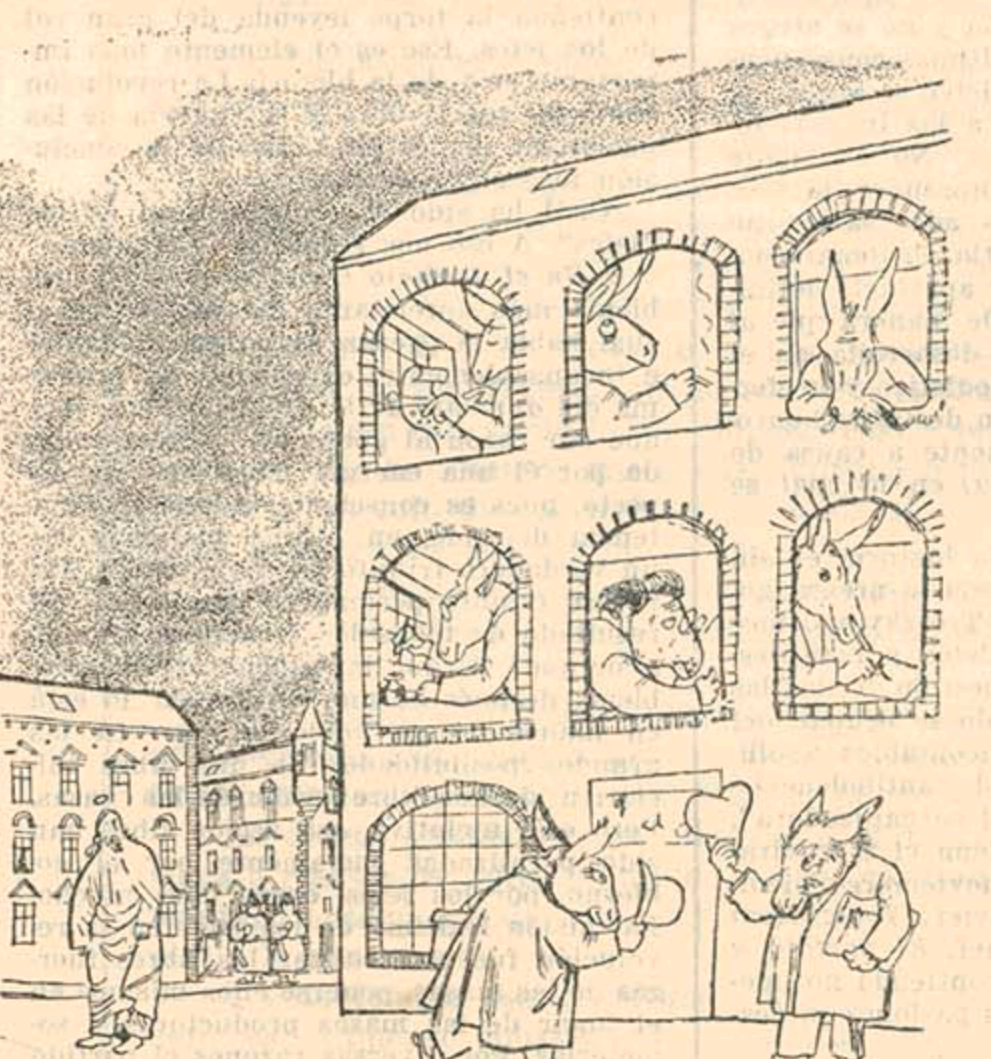
Al ir a arrojar del templo a los mercaderes, sería arrestado por la fuerza pública, a fin de evitar perturbaciones del orden.



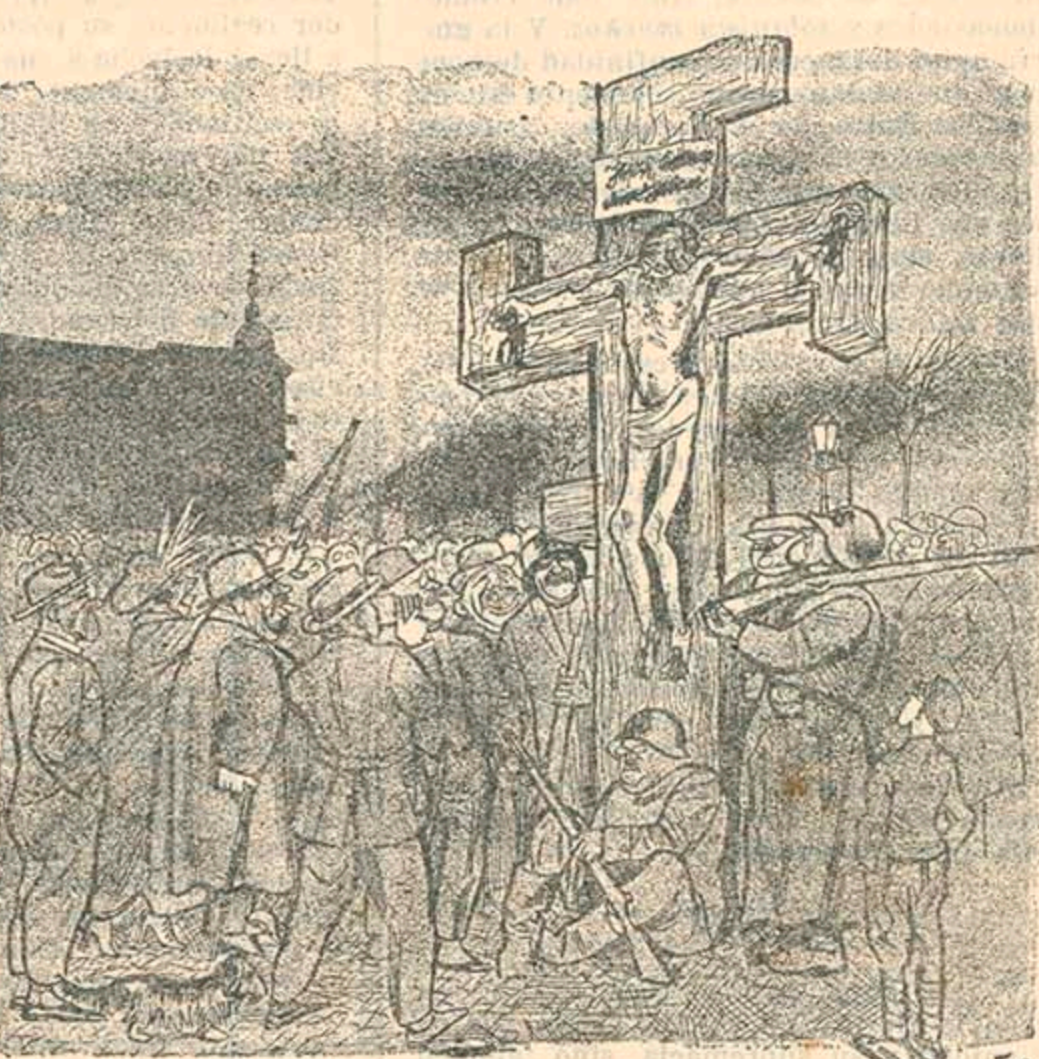
De algunas regiones, como por ejemplo, Baviera, en Alemania, sería expulsado por su origen judío.



Al ir a predicar el sermón a la montaña los cancerberos del orden público, disolvían violentamente la reunión, por no estar permitida por la ley la propaganda subversiva.



El domingo de ramos no podría entrar en Buenos Aires montado en un asno, porque la familia Mitre lo habría alquilado todos para la redacción de "La Nación".



Finalmente, los capitalistas y estatistas lo volverían a crucificar por abrevverse a difundir la buena nueva de un mundo mejor para los pobres.



Kautsky ha hecho el ensayo en un escrito polémico especial, *Die Marxsche Staatsauffassung im Spiegelbild eines Marxislen*, de demostrar que Cunow había interpretado falsamente a Marx y a Engels. Pero esas cosas no se tienen en cuenta ya. Hubo un tiempo en que Kautsky y Cunow promovieron en común la misma objeción contra Bernstein. Después Cunow ha reprochado a Kautsky una comprensión defectuosa de las concepciones marxistas, y Kautsky le paga ahora en la misma moneda, después que otro teólogo marxista, Lenin propiamente, dijo de ambos que habían falsado las puras doctrinas de Marx y que en general no las habían comprendido.

Sobre tales argumentaciones se ha referido en otro tiempo, pero hoy producen aburrimiento y recuerdan vivamente las disputas de los viejos teólogos cristianos sobre si Jesús debía escribirse con I o con J, sobre si un ratón que ha comido una hostia está santificado o no y otras cosas por el estilo. En última instancia no se trata de cómo es interpretada la sutileza dogmática de un pensador, sino de cómo se revelaron en el curso del tiempo sus doctrinas y si fueron confirmadas o no por las experiencias prácticas de la vida. Hasta el más genial pensador está soldado por mil cadenas a su tiempo y sus opiniones sólo tienen una importancia relativa. Todo lo que llamamos verdad, sólo se refiere en última instancia a la situación temporal de nuestros conocimientos y pierde su valor positivo en la medida que se amplían los horizontes de nuestro saber y se abren para nosotros nuevas perspectivas. La frase: "Se es traicionado siempre por los propios", se ha comprobado especialmente en el marxismo.

Y por lo demás, en sí y por sí es indiferente que hayan interpretado o no justamente a Marx, Kautsky y Cunow. Lo cierto es que Kautsky está hoy en el mismo terreno que Cunow y los viejos portavoces del revisionismo, a quienes combatieron en un tiempo tan severamente. También Kautsky está hoy completamente convencido de que la socialdemocracia debe participar en el poder gubernativo burgués, el mismo Kautsky que hace 24 años trataba de convencer a los partidos socialistas del mundo por medio de la ya mencionada solución que afirmaba que "la socialdemocracia no puede aspirar a una participación en el poder gubernativo dentro de la sociedad burguesa". ¿O será Kautsky de opinión que la actual Alemania no puede considerarse ya como un Estado burgués ordinario? Para dios y para los diálecicos del marxismo todas las cosas son posibles.

**La renuncia al socialismo.**

Cuando hace cincuenta y dos años Marx y Engels trataron de introducir como obligatoria la acción parlamentaria de la Asociación Internacional de los Trabajadores en la conferencia de Londres, no sólo destruyeron la obra por ellos mismos construida, y arrojaron la antorcha de la discordia en el campo del socialismo, sino que echaron también entonces los cimientos de aquella evolución que debía llevar consecuentemente al completo triunfo de los modernos partidos obreros socialistas. En la medida que se realizó esa evolución, palidieron las ideas socialistas de la socialdemocracia. Hoy la socialdemocracia es gubernamental, pero de sus viejos principios socialistas no le queda más que la palabra. Ha terminado la trayectoria y se encuentra hoy en el punto en que cayó víctima de la política burguesa el último resto de su socialismo. El programa de Goerlitz es el rodeo de la actual posición de la socialdemocracia con respecto al Estado burgués.

Ese proceso, por lo demás, no se limitó sólo a Alemania, aunque se expresó de la manera más clara. El problema de si la socialdemocracia puede tomar parte en un gobierno burgués, no es ya un problema para los partidos obreros de los diversos países. Con eso se explica también en parte el retroceso del liberalismo burgués en Europa, cuyo puesto fué ocupado más y más por los modernos partidos obreros. Ciertamente esto sólo tiene un valor condicional, pues es el liberalismo decadente cuya herencia política han recibido los partidos obreros del presente, el liberalismo que ha olvidado hace mucho tiempo sus principios básicos y

se ha convertido también en creyente del Estado.

Pero hubo un tiempo, que permanecerá inolvidable, en que el radicalismo político o el liberalismo desempeñó un papel de precursor en la evolución espiritual de Europa. La mera idea de que el liberalismo no quiere ser otra cosa que la profesión de fé del manchesterianismo capitalista, es una grotesca desfiguración de la verdad histórica. Hombres como Priestley, Price, Paley, Diderot, Paine, Condorcet y otros no fueron seguramente combatientes del capitalismo. El radicalismo político era el grito del sentimiento de la personalidad humana contra todas las tendencias niveladoras del régimen absolutista y después contra el ultracentralismo y la credulidad en el Estado del jacobinismo y de sus diferentes graduaciones políticas. Y en este sentido fué interpretado más tarde por Mill, Buckle, Spencer y otros. El hecho de que posteriormente debiera servir como escudo político en la figura castrada del manchesterianismo capitalista, tiene tan poco que ver con sus aspiraciones originarias, como las ideas originarias del socialismo con la actividad práctica de la actual socialdemocracia.

Y en ese sentido el socialismo no sólo se ha convertido en un concepto vacío para los modernos partidos obreros, sino que también la democracia, que aparece hoy únicamente como un muerto principio mayoritario, de la cual apenas se aprendió que el cinco es más que el tres. Y sin embargo hubo un tiempo, y ese tiempo no está muy lejos de nosotros, en que el pensamiento democrático de los pueblos — principalmente en la Europa occidental — enseñaba algo diverso y era un eficiente contraveneno para el estancamiento de la vida social en las rígidas formas del Estado. Léase hoy el *Manifiesto político del comité nacional del partido democrático español*, del 1 de febrero de 1858, y compárese con el *democratismo mayoritario de nuestros socialdemócratas actuales*. En ese manifiesto de la democracia española se encuentran estas profundas palabras:

"A pesar de las repetidas pruebas de la incapacidad y de la impotencia del Estado hay siempre gentes que quisieran prestarle un poder ilimitado para que mejore el destino de las clases, cuya miseria, por los ensayos del poder de Estado para remediarla, sólo ha sido aumentada. No olvidemos que el Estado es como el caballo de Attila que hace incurrir a la tierra que pisa. Creemos por consiguiente que todos nuestros esfuerzos deben dirigirse a estrechar su círculo de acción, no a ampliarlo. Ampliarlo equivaldría a poner en lugar de un despotismo pasajero un despotismo más duro y más malo. Es la libertad y no el despotismo de Estado la que hace madurar el fruto de las verdaderas reformas. La vida que da el Estado a los sistemas es siempre una vida aparente y una existencia insegura; la vida, al contrario, que les proporciona el interés creador de los individuos, es la única verdadera y la única capaz de operar todos los estadios de la evolución".

Compárense estas palabras, en las que late el espíritu de independencia y de la libre iniciativa, con la inanimada disciplina de cuartel que parece a nuestros socialdemócratas actuales la base de la democracia. ¿Quién piensa hoy en limitar las funciones del Estado y en poner trabas a su continua intrusión en la vida de los individuos? Al contrario, se está dispuesto hoy a abandonar al Estado todos los dominios de la vida individual y social incondicionalmente y se ve, como Cunow, en esa ampliación ininterrumpida de la esfera de acción estatal, una manifestación de la democratización social. Se allanan, por lo tanto, al capitalismo de Estado todos los caminos y se cree obrar así en interés del socialismo, mientras que en realidad se le ahoga. Toda la conformación espiritual de nuestros modernos partidos obreros labora de ese modo para la reacción social consciente o inconscientemente y únicamente prolonga el período de la explotación económica y de la opresión política.

Los anarquistas y los sindicalistas revolucionarios son hoy los únicos que proclaman la abolición del Estado en la vida social como una condición previa para la realización del socialismo y que permanecen fieles a la herencia del ala libertaria de la vieja Internacional. Tan-

# Las teorías morales de Ardigó

Las teorías morales de Ardigó están desarrolladas en la *Moral de los positivistas*, en la *Sociología* (1879), en la *Ciencia de la Educación* (1871), y en otros escritos, más breves, pero no menos notables, tales como las *Cinco notas ético-sociológicas* (1887) y *La razón científica del deber* (1914).

La ética es para Ardigó una forma natural, y encuentra, por lo tanto, su explicación en la reconstrucción genética. Pero si no entra en el terreno de las especulaciones abstractas formales o trascendentales, se halla en cambio más allá del estrecho reconocimiento del hecho en sí y por sí, que sería simple comprobación y descripción. Moralidad y formación histórica, proceso educativo; pero es también principio absoluto. Puesto que no existe doctrina moral que pueda escindirse del principio: infinito, eterno, universal. ¿De qué modo la relatividad de la formación y de la variación se armoniza con lo absoluto del principio? Este es el problema que Ardigó nos plantea en la *Moral de los positivistas*, donde trata de la moralidad como hecho inicial y final y en la *Sociología*, donde estudia el proceso formativo, histórico, de la moralidad. Ardigó distingue la infinitud de la variación (devenir) y la eternidad de lo persistente (ser), y observa que lo múltiple concuerda con la unidad. La moralidad es una formación natural, pero su principio se sumerge en el infinito del *indistinto psico-físico*. De la razón al sentimiento, de éste al instinto. Mas, el instinto no es indistinto absoluto, sino principio absoluto. He aquí la moralidad en su infinitud temporal.

La moralidad es infinita, porque no se puede hablar de un comienzo absoluto y porque mientras los hechos morales devienen, transformándose, la ley moral queda. El proceso inicial (variación) se armoniza con el final (unidad), esto es, el ser es dado por el devenir.

Cada época, cada pueblo, cada especie poseen una moral propia. Cada una de las fases evolutivas de la moralidad no se desarrolla uniformemente, conservando toda su naturaleza. Lo que es infinito, es decir particular, cambia; pero el conjunto del desarrollo nos da la unidad del ser: el desarrollo mismo. Cada pueblo posee su propia moral. Pero la universalidad de la moral no es dada por la uniformidad de los modos de concebirla y actuarla, sino más bien, por las leyes que cada pueblo tiene una moral propia y que los principios morales tienen el carácter de obligación: es decir, están concebidos como eternos y universales.

Ardigó se ha encontrado frente a tres posiciones: heteronomía trascendental, autonomía trascendental; empírica.

La primera es la de la moral teológica, dogmática, metafísica, que estableciendo las relaciones del Hombre-Dios saca de esta relación el título de obligación, colocando el principio fuera del hombre, en Dios.

El hombre recibirá la ley moral desde afuera, por consiguiente, el absolutismo de la ley sería heterónimo: de valor esencialmente objetivo y autoritario. El hombre no sería un verdadero sujeto moral, sino un objeto de la moralidad trascendente: instrumento de moralidad, pero no creador.

La segunda es la de Kant, que coloca la moralidad en el profundo sentimiento, en la clara exigencia racional, y mientras que de un lado tiende a substituir la autonomía por la heteronomía, del otro cae en el trascendentalismo, considerando la ley moral categórica solamente como imposición de la razón abstracta, formal; de la razón pura práctica, Kant separa al hombre del campo de los fines, esto es de su vida real, para ponerlo en el campo de la razón pura. Y, por sublimizarlo, lo anula.

El mayor es por eso la responsabilidad que recae sobre ellos. Pues el socialismo será libre o no será.

RUDOLF ROCKER

(De *Die Internationale*, órgano de la A. I. T., enero de 1925).

La última posición es la que substituye las relaciones: *Hombre-Dios, Hombre-razón*, por la correspondencia: *homo hominis cupus*, esto es, reduce la moralidad a la utilidad de la riera que se hace doméstica por temor, por interés.

Contra la moral trashumana y sangüinaria, está la de Ardigó, que la fundamenta en la relación entre el hombre y la humanidad, acercándose a Aristóteles.

El hombre moral de Ardigó no es solamente el *homo moralis*, ni tampoco el *animal político*. Es la unión de ambos, porque el individuo es moral en cuanto social, pero la moralidad no se limita a las afirmaciones extrínsecas, a las limitaciones heterómanas, sino que se afirma frente a las otras en una irreductible autonomía. El absolutismo de la autonomía moral se encuentra en las relaciones entre hombre y hombres: relación en la cual los términos son diferentes; pues de otra manera no tendría sentido hablar de relaciones.

El carácter de obligación, Ardigó lo deriva únicamente de la socialidad. Posición difícil esta si se tiene en cuenta que afirmando la inseparable relación entre individualidad y socialidad, se reduciría a esta última toda la ética, afirmando el principio exclusivo de la obligación social.

Para Ardigó, "la especie y la ley preceden al individuo y al hecho particular" y "la perfección del individuo no es otra cosa que el reflejo de la vida social"; la moralidad es, por lo tanto, el *selto* en la psiquis particular del *querer social*. Pero la socialidad considerada en sí misma no es historicidad, es una abstracción: puesto que se vuelve a la relación hombre-hombres, relación en la cual la heteronomía de las relaciones sociales no tendría valor moral sin la autonomía, que es la condición necesaria de aquellas relaciones.

La conciencia individual no es extra-individual, y la autonomía es negada por la impersonalidad del proceso histórico, cuando se busca la fuente de la obligación en algo que sea externo a la conciencia: en el ambiente social. La obligación está reducida por Ardigó a *suma de impresiones permanentes* de las realidades externas: imposición, coacciones, sanciones sociales. Hechos que nos pueden dar la obligación heterónoma pero que no explican la obligación ética verdadera y propia, que tiene carácter de autonomía.

Bien es cierto que Ardigó en los últimos escritos morales, completa, y en parte derriba, la posición primitiva, distinguiendo dos obligaciones: la de la Razón obligante en fuero interno de la Conciencia y la de la Sociedad obligante en lo político. La Razón social está substituida por la Razón individual que se impone a sí misma y luego armoniza con la de los otros, en la Razón colectiva de la Sociedad, que a su vez legitima en nombre de la Razón individual.

Del *buen ciudadano* se llega al *sabio* y al *santo*, y el ciudadano, el sabio, el *santo* se funden en el *Hombre* verdaderamente *humano*, que afirma el bien como *Verdad*, lo ama como *Bello*, lo quiere como *Justo*.

La ética positivista de Ardigó sobrepasa al dogmatismo y al immoralismo, en una amplia y luminosa concepción de la moralidad, que hoy es mirada con desprecio por los idealistas; pensando en éstos, no se puede menos que aprobar esta afirmación del Nuestro: "El positivista—tal como yo lo entiendo— es teórica y prácticamente más idealista que aquellos que proclamándose idealistas contra el positivismo, muchas veces desmienten con los hechos de ser verdaderamente amantes y discípulos del ideal".

C. B.

